

migos de nuestra salvacion, reclama, se amotina con las leyes de la vida cristiana. No des oidos á sus gritos, ríete de sus esfuerzos, desprecia sus amenazas; ama la cruz, ejercítate en la mortificacion; no se pase dia alguno sin adorar á Cristo crucificado, sin besar sus llagas muchas veces, sin pedirle el espiritu de mortificacion y de penitencia. Sirve mucho, aprovecha mucho la tierna devocion con la santa cruz para que seamos menos delicados, menos sensibles y mas mortificados.

DIA CATORCE.

SAN VALENTIN, PRESBITERO Y MÁRTIR.

San Valentin, presbítero, se hallaba en Roma en el reinado del emperador Claudio II, hácia el año de 270. El universal y elevado crédito de su virtud y de su sabiduría, le habia granjeado la veneracion no solo de los cristianos, sino aun de los mismos gentiles. Mereció el renombre de padre de los pobres por su grande caridad; y su celo por la religion era tanto mas eficaz, quanto se mostraba mas puro y mas desinteresado. La humildad, la dulzura, la solidez de su conversacion y cierto aire de santidad que se derramaba en todas sus modales, hechizaban á cuantos le trataban; ganaba primero los corazones para sí, y despues los ganaba para Jesucristo.

No podia ser desconocido en la corte un hombre como Valentin, tan venerado del pueblo y tan estimado de los grandes. Hablaron de él al emperador, informándole ser un hombre de un mérito superior y de una sabiduría extraordinaria. Quiso verle, y el distinguido modo con que le recibió acreditó bien la grande

estimacion que hacia de su persona. Preguntóle desde luego, *por qué no queria ser su amigo, puesto que el mismo deseaba serlo suyo; añadiendo que por lo mismo que le estimaba tanto no podia llevar en paciencia que profesase una religion enemiga de los dioses del imperio, y consiguientemente de los emperadores.*

Valentin, que por su compostura, por su grato semblante y por su modestia habia ya cautivado al emperador, le respondió poco mas ó menos en estos términos: *Si conocierais, señor, el don de Dios, y quién es aquel á quien yo adoro y á quien sirvo, os tendriais por feliz en reconocer á tan soberano dueño, y detestando el culto que ciegameute rendis á los demonios, adorariais como yo al solo Dios verdadero, criador del cielo, de la tierra y de todo quanto se contiene en este vasto universo, juntamente con su único hijo Jesucristo, redentor de todos los mortales, igual en todo á su padre. Gran señor, á la benignidad de este unico supremo nimen debéis el ser que teneis y el imperio que gozais; él solo os puede hacer feliz á vos y á todos vuestros vasallos.*

Al oír esto cierto doctor idólatra que tenia oficio en palacio, y se hallaba á la sazón en el cuarto del emperador, le preguntó: *¿Pues y qué juicio haces de nuestros grandes dioses Júpiter y Mercurio? — El juicio que yo hago, respondió el santo, es el mismo que tú propio debes hacer; quiero decir, que no hubo en el mundo hombres mas malvados que esos á quienes vosotros dais el titulo de dioses. Vuestros mismos poetas tuvieron gran cuidado de instruiros de sus infamias y de sus disoluciones. A mano teneis sus historias; mostradme únicamente su genealogia, con una breve noticia de su vida, y os haré confesar que acaso no ha habido jamás hombres mas perversos.*

Aturdió á todos una respuesta tan animosa como verdadera; y mirándose atónitos los unos á los otros,

quedaron por algun tiempo como embargados y mudos. Pero vueltos en sí, se dejó oír una confusa gritería de los que clamaban en tono descompuesto: *Blasfemia, blasfemia*. Mas el emperador, ó porque estuviere interiormente convencido de lo que acababa de escuchar, ó porque á lo menos le hubiese hecho alguna fuerza, sin hacer aprecio del desentono de los cortesanos, quiso oír á Valentin en particular. Hizole varias preguntas con mucha bondad acerca de diferentes artículos de nuestra Religion. *Si Jesucristo es Dios*, le preguntó, *¿porqué no se deja ver? ¿y porqué tú mismo no me haces evidencia de una verdad en que voy á interesar tanto?*

Señor, le respondió el santo, *por lo que toca á mi, no dejareis de lograr esta dicha; y despues de haberle explicado con la mayor viveza y claridad los puntos mas esenciales de nuestra santa fe, concluyó diciendo: ¿Quereis, señor, ser feliz? ¿quereis que vuestro imperio florezca, que vuestros enemigos sean destruidos? ¿quereis hacer felices á vuestros pueblos, y aseguraros á vos mismo una eterna felicidad? pues creed en Jesucristo, y sujetad vuestro imperio á sus leyes, y recibid el bautismo. Así como no hay otro Dios que el Dios de los cristianos, así tampoco hay que esperar salvacion fuera de la religion que los cristianos profesan. No, señor, fuera de la Religion cristiana no hay salvacion.*

Habló el santo con tanta energía y con tanto peso, que el emperador pareció verdaderamente movido; y aun es fama que, vuelto á sus cortesanos, les dijo: *Es preciso confesar que este hombre nos dice muy bellas cosas, y que la doctrina que enseña tiene tal aire de verdad, que no es fácil resistirse á ella.* Al oír estas palabras el prefecto de la ciudad, llamado Calpurnio, comenzó á gritar: *¿No veis como este encantador ha engañado á nuestro príncipe? Y qué, ¿abandonaremos la religion de nuestros padres, y la que mamamos con la leche, y en*

la que nos criamos desde la cuna, por abrazar una secta desconocida é incomprensible?

Al oír esta sediciosa exclamacion del prefecto, temió el emperador algun tumulto; pudo mas este desdichado miedo, que la gracia interior que le solicitaba fuertemente á convertirse; y sacrificando su eterna salvacion á un vil humano respeto, ahogó los saludables movimientos de su corazon, y remitió la causa del santo presbitero al prefecto Calpurnio, para que la sustanciase y sentenciase segun las leyes.

Mandó Calpurnio que le metiesen en la cárcel, y encargó al juez Asterio que le hiciese la causa como á cristiano, y como uno de los mayores enemigos de los dioses del imperio.

Asterio habia sido testigo de la grande impresion que habian hecho en el emperador las palabras de Valentin, y celebró mucho que se le ofreciese esta ocasion de hablarle despacio, resuelto á emplear cuantos artificios pudiese para derribarle de la fe, no dudando que haria bien la corte al prefecto si lograba persuadir á Valentin que renunciase el cristianismo.

Con esta idea le llevó á su casa. Apenas entró en ella nuestro santo, cuando levantando las manos y los ojos al cielo, rogó fervorosamente al Señor que, pues habia dado su sangre y su vida por la salvacion de todos los hombres, se dignase alumbrar con las luces de la fe á todos los habitantes de aquella casa, que estaban sepultados en las tinieblas de la idolatria, haciéndoles la gracia de conocer á Jesucristo, verdadera luz del mundo.

Oyó Asterio esta oracion, y le dijo: *Admirome que un hombre de tan noble, de tan claro entendimiento tenga á Jesucristo por verdadera luz; gran lástima me da verte encaprichado en esos errores.—Sábeta, Asterio, respondió el santo, que no estoy en el error, y que no hay verdad mas innegable que el que Jesucristo mi*

Salvador y mi Dios, que se dignó hacerse hombre por nosotros, es verdadera luz que alumbra á todos los que vienen al mundo. — Si eso es cierto, replicó Asterio en tono de burla, quiero hacer la prueba: Ahí tengo una hija, á quien amo tiernamente, que está ciega muchos años ha; si Jesucristo la restituye la vista, te empeño mi palabra de hacerme cristiano con toda mi familia.

Animado Valentin de una viva fe, hizo traer á la doncella; y haciendo sobre sus ojos la señal de la cruz, dirigió al cielo esta oracion fervorosa: *Señor mio Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que disteis vista á un ciego desde su nacimiento, y que quereis la salvacion de todos los hombres, dignaos oír la oracion de este pobre pecador, y de curar á esta pobre doncellita.* A estas palabras recobró su vista la niña. Asterio y su mujer se arrojaron á los piés de Valentin pidiéndole el bautismo. Catequizólos el santo por algunos dias, y los bautizó con toda su familia en número de cuarenta y cuatro personas, cuya mayor parte tuvo la dicha de recibir pocos dias despues la corona del martirio.

Habiendo llegado á noticia del emperador todo lo que habia pasado, admiró la virtud divina tan visiblemente ostentada en todas estas maravillas. Gran deseo tenia este principe de librar á san Valentin; pero temiendo alguna sedicion del pueblo, que ya le sospechaba cristiano, no se atrevió á embarazar que los jueces le juzgasen, y le condenasen segun las leyes. Estuvo algunos dias en la cárcel cargado de cadenas y fué apaleado muchas veces; hasta que al fin, fué degollado fuera de la ciudad en la via Flaminia, que va á Umbria, el año del Señor de 270. Los cristianos tomaron su sagrado cuerpo y le enterraron cerca de la misma puerta Flaminia, que despues se llamó la puerta de san Valentin, y hoy se llama del Pópolo, hácia el Ponte-Mole. Dícese que el papa Julio mandó

edificar una iglesia sobre la sepultura de nuestro santo, la que reparó el año de 645 el papa Teodoro, y fué despues muy célebre por la mucha devocion que siempre ha tenido el pueblo á este gran siervo de Dios. La mayor parte de sus reliquias están en Roma, aunque se veneran algunas en muchas ciudades de Italia y de Francia, especialmente en Melun sobre el Sena, y en la abadía de San Pedro.

EL BEATO JUAN BAUTISTA DE LA CONCEPCION,

FUNDADOR DE LOS PADRES DESCALZOS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Nació este santo varon en Almodóvar en España, el 10 de junio de 1561, de una familia ilustre, y principió á la edad de siete años á observar una vida muy mortificada, queriendo imitar el silencio y las austeridades de los padres del yermo. Santa Teresa predijo á sus padres la futura santidad de este hijo de bendición. Luego que acabó sus primeros estudios, frecuentó los cursos públicos de la universidad de Baeza, distinguiéndose en ellos por los progresos que hizo, y mas aun por la pureza de sus costumbres. Juan Bautista manifestó al principio el intento de entrar en los carmelitas descalzos; pero cambió repentinamente de idea, y tomó el hábito en el convento de la Santísima Trinidad, pronunció sus votos, y se entregó con celo á las funciones del ministerio apostólico. Hizose célebre por sus sermones como por el ascendiente de sus virtudes. El orden de la Santísima Trinidad necesitaba bien volver á su antigua disciplina, que estaba en gran manera relajada. Los principales jefes de las casas habian ordenado un plan de reforma, que fué adoptado desde luego en el convento de Valdepeñas. Juan Bautista se sometió á él uno de los primeros, y aun

fué encargado de la direccion de este convento; pero tuvo el dolor de ver que los religiosos que salian de esta casa no conservaban largo tiempo su observancia, y que entrando en otros conventos tomaban el antiguo género de vida. Movido del estado de estas cosas, marchó Juan Bautista á Roma en 1598, y obtuvo del papa Clemente VIII un breve que le autorizó para reformar enteramente el convento de Valdepeñas y todas las demás casas. Con esta autorizacion estableció la reforma primeramente en ocho comunidades á pesar de los infinitos obstáculos que tuvo que vencer, y de haber sido maltratado en diferentes encuentros. El fué quien introdujo el uso de andar á pié desnudo, lo que hizo darle el título de fundador de los trinitarios descalzos. Su vida entera fué así consagrada al bien de la Religion, y en hacer reflorcer un órden del que fué uno de los principales ornamentos. Su preciosa muerte sucedió en Córdoba el 14 de febrero de 1613, y Pio VII le beatificó el 29 de abril de 1819.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, sobre la via Flaminia, la fiesta de san Valentin, presbítero y mártir, el cual, despues de haber dado grandes pruebas de su profundo saber y del don que tenia de curar enfermos, fué apaleado y decapitado en tiempo del emperador Claudio.

Tambien en Roma, los santos Vital, Felículo y Zenon, mártires.

En Terni, san Valentin, obispo y mártir, el cual, despues de haber sido azotado, fué puesto en la cárcel, y como siguiese inalterable, le sacaron en medio de una oscura noche, y le cortaron la cabeza por órden de Plácido, prefecto de la ciudad.

Allí mismo, los santos Próculo, Efebo y Apolonio, mártires, los cuales se hallaban orando una noche ante el cuerpo de san Valentin, cuando fueron presos

por órden del consular Leoncio, y muertos á filo de espada.

En Alejandria, los santos mártires Baso, Antonio y Protólico, que fueron arrojados al mar.

Además, los santos mártires Cirion, presbítero; Basiano, lector; Agaton, exorcista, y Moisés; los cuales, despues de haber sufrido el suplicio del fuego, volaron al cielo.

Allí mismo, los santos Dionisio y Amonio, decapitados por la fe.

En Ravena, san Eleucadio, obispo y confesor.

En Bitinia, san Aujencio, abad.

En Sorrento, san Antonino; abad, el cual, despues de saqueado por los Lombardos el monasterio de Monte Casino, se retiró á un yermo cerca de aquella ciudad, en donde murió en olor de santidad. Su cuerpo obra aun muchos milagros, y su crédito para con Dios se muestra señaladamente en el libramiento de los endemoniados.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus: ut qui beati Valentini martyris tui natalitia colimus, à cunctis malis imminentibus, ejus intercessione liberemur: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, omnipotente Señor, por la intercesion del bienaventurado mártir Valentin, cuya festividad celebramos, que seamos libres de los males que nos amenazan: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 10 de la Sabiduria.

Justum deduxit Dominus per vias rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi scientiam sanctorum: honestavit illum in laboribus, et complevit labores illius. In fraude circum-

El Señor ha conducido al justo por caminos rectos, y le mostró el reino de Dios. Dióle la ciencia de los santos, enriquecióle en sus trabajos y se los colmó de frutos. Asistióle

venientium illum, adfuit illi, et honestum fecit illum. Custodivit illum ab inimicis, et à seductoribus tutavit illum, et certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quoniam omnium potentior est sapientia. Hæc venditum justum non dereliquit, sed à peccatoribus liberavit eum: descenditque cum illo in foveam, et in vinculis non dereliquit illum, donec afferret illi sceptrum regni, et potentiam adversus eos, qui eum deprimebant: et mendaces ostendit, qui maculaverunt illum, et dedit illi claritatem æternam, Dominus Deus noster.

NOTA.

« Al libro donde se saca esta epístola llaman los Griegos *la sabiduría de Salomon*. No se puede dudar que Salomon fuese su autor, pues el mismo autor asegura que era rey, é hijo de rey; y en la oracion que hace à Dios en el capitulo nueve, le pide que le haga digno del trono de su padre, le da gracias por haberle escogido para gobernar su pueblo, y para fabricarle el templo en la ciudad santa; circunstancias que no pueden convenir à otro que à Salomon.»

REFLEXIONES.

El Señor guió al justo por caminos derechos. El Espíritu de Dios nunca guia por otros. La rectitud de corazon y de entendimiento son dos de las mas bellas pinceladas que siempre se descubren en el retrato del justo. El pecador siempre va por camino torcido, asi como el justo marcha à Dios por el mas derecho.

¿De qué sirven todos esos giros oblicuos, vanos artificios del amor propio? ¿Será acaso que Dios no sabrá correr la cortina à todos esos misterios de iniquidad, ni desenmarañar todos esos enredos espirituales? Atóndranse los hombres en sus descaminos, procuran alucinarse; ¿y qué se gana con eso? Los disolutos se descaminan à ojos abiertos y à la mitad del día, los falsos devotos à favor de las nieblas. Muchas personas que hacen profesion de devotas, viven en groseros errores prácticos, por falta de esta rectitud. Todo sirve de pretexto y de alimento al amor propio, hasta la misma religion. Lisonjéase uno de que ama à Dios, y se ama à sí mismo. El pretexto de la mayor gloria de Dios sirve no pocas veces maravillosamente para nutrir nuestro orgullo. Es la rectitud una pureza de intencion y de motivo que encamina al alma hácia el bien, por amor del bien mismo. Aun cuando la rectitud no se hallase en un grado de perfeccion tan elevada, seria aun muy provechosa. ¡Buen Dios! prueba bien sensiblemente cuan pocos son los que os aman sinceramente, esa flojedad en la devacion, esa condescendencia consigo mismo, esa lentitud, esa tibieza en serviros. La ciencia de los santos es la ciencia de la salvacion, y la ciencia de la salvacion es la ciencia práctica del Evangelio; la mera especulacion, el conocimiento solo y sin mas de lo que se debe obrar, puede ser la ciencia de las almas réprobas. Saber lo que se debe hacer y hacer lo que se sabe, esa es la verdadera ciencia de los santos. ¡Qué buen amo es Dios! ¡qué ventajosa, qué dulce cosa es servirle! No solo premia lo que se hace, sino lo que se quisiera hacer por él; tómanos en cuenta nuestra buena voluntad; en servicio de este amo tan liberal y tan agradecido, siempre se coge el fruto de los trabajos; tanto reciben los que vienen tarde, como los que vienen temprano, si el fervor de aquellos excedió al celo de estos. El

Señor le hizo respetable, añade el sabio: *Honestavit illum in laboribus.* ¡Cosa extraña, que sean tantos los que aman la distincion y la honra, y sean tan pocos los que buscan la gloria donde verdaderamente se halla! Solamente la virtud es la madre de la verdadera gloria. Consultemos á los mas imperfectos; sienten no sé qué estimacion, no sé qué respeto hácia las personas virtuosas. Es este un tributo que se paga á la virtud cristiana, y de que ninguno se exime.

El evangelio es del cap. 10 de san Mateo.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis: Nolite arbitrari, quia pacem venerim mittere in terram: non veni pacem mittere, sed gladium. Veni enim separare hominem adversus patrem suum, et filiam adversus matrem suam, et nurum adversus socrum suam, et inimici hominis, domestici ejus. Qui amat patrem, aut matrem plusquam me, non est me dignus: et qui amat filium, aut filiam super me, non est me dignus. Et qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus. Qui invenit animam suam, perdet illam; et qui perdiderit animam suam propter me, inveniet eam. Qui recipit vos, me recipit: et qui recipit me, recipit eum, qui me misit. Qui recipit prophetam in nomine prophetæ, mercedem prophetæ accipiet: et qui recipit justum in nomine justí, mercedem

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No penseis que yo he venido á poner paz sobre la tierra: No he venido á poner paz, sino guerra. Porque vine á separar el hijo del padre, y la hija de la madre, y la nuera de la suegra: y los enemigos del hombre serán sus familiares. El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí: y el que ama al hijo ó á la hija mas que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que cuida de su vida; la perderá; y el que perdiere la vida por mí, la volverá á encontrar. El que os recibe á vosotros, me recibe á mí: y quien me recibe á mí, recibe á aquel que me envió. El que recibe á un profeta como profeta, recibirá el premio de profeta: y el que recibe á un justo á título de justo, recibirá el galardón de justo. Y cualquiera que

justi accipiet. Et quicumque potum dederit uni ex minimis istis calicem aquæ frigidæ tantum in nomine discipuli: amen dico vobis, non perdet mercedem suam. diere un solo vaso de agua fresca á uno de estos mas pequeños á título de discípulo, os digo de verdad que no perderá su recompensa.

MEDITACION.

DE LA NECESIDAD DE LA PENITENCIA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay mas que dos caminos para ir al cielo, la inocencia ó la penitencia. No hay medio. Ó nunca has pecado, ó fuiste pecador. ¡Buen Dios! ¿quién podrá presumir de haberse conservado en aquella primera inocencia? ¿y quién podrá dispensarse de los rigores de la penitencia? Busca otra senda si la hallas; pero advierte que Jesucristo la ignoró. Fingete el sistema que quisieres; forjalamoral que se te antojare: pretextos de salud, vanos títulos de la edad ó del estado; figúrate privilegios y razones para eximirte de una ley tan indispensable. No hay otro partido que tomar: ó llorar en el tiempo, ó arder por toda la eternidad; ó infierno, ó penitencia.

Esta vida es el tiempo de la misericordia, es el fruto de la muerte del Redentor. Pero la justicia no por eso ha de quedar frustrada de sus derechos; estos son los que corren á cuenta de la penitencia; ella, por decirlo así, es como substituta, ó como apoderada de la divina justicia. Si, Dios quiere fiarse de tu buena fe para castigar tus pecados; quiere que tú mismo seas el vengador de tus delitos, que te impongas el castigo. ¿Pudieran estar tus intereses en manos mas favorables, ni mas amigas? Desengañémonos, todo pecado ha de ser castigado, ó por un Dios vengador, ó por el hombre penitente.

¿Qué penitencia no hizo el mismo Jesucristo solo por haber tomado la apariencia de pecador! Las almas mas puras, los santos mas inocentes pasaron la vida entre espantosas penitencias, y en la mayor amargura de corazon. ¿Cuánto tiempo por las culpas mas leves mojaron el pan en sus dolorosas lágrimas! Nosotros, gracias al Señor, somos de la misma religion; hemos pecado; ¡ah! que ninguno de nosotros hay que no pueda decir con el Profeta: *Iniquitates meae supergressæ sunt caput meum* (1): rebosan mis maldades por encima de la cabeza! y ¿cuál es nuestra penitencia? Sin embargo ninguno hay que no espere gozar la misma gloria que gozan los santos, ninguno que no pretenda la misma corona. ¿Pero en qué se funda esta confianza? ¿En los méritos de Jesucristo? Sin duda que á estos méritos deberemos nuestra salvacion; pero ¿será sin hacer penitencia? Oigamos al mismo Jesucristo: *Nisi pœnitentiam egeritis, omnes similiter peribitis* (2): si no hicieris penitencia, todos pereceréis sin remedio. No ignoraba él mismo el precio de su sangre; conocía perfectamente el valor y la virtud de sus merecimientos. Sin embargo de eso, con toda la redencion superabundante, con todo el fruto de mi pasion y de mi muerte, dice el Salvador, ninguno se salvará si no hace penitencia. *Omnes*: Todos pereceréis. Igualmente el rey que el vasallo, tanto el amo como el criado: Todos. La dama noble como la mujer plebeya, la señora de la casa como la criada: todos. El sabio, el mercader, el seglar y el eclesiástico. Jóvenes, y vosotros que estais en la vejez, gentes del mundo y religiosos, si no hicieris penitencia, todos pereceréis: *Omnes similiter peribitis*. Este solo oráculo vale toda una meditacion, vale un libro entero.

¡Ah, mi Dios! qué cargos no me está haciendo ahora mi conciencia! ¿qué remordimientos, qué justos espan-

(1) Salm. 37 — (2) Luc. 13.

tos, qué sobresaltos, qué sustos! ¿y será todo esto sin provecho?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que es grande error querer salvarse sin hacer penitencia. Á menos que renuncies mi Evangelio, dice el Salvador del mundo, debes inferir que el que pecó, si no hace penitencia, no se salvará. ¿Se cree, ó por lo menos se sigue el día de hoy esta evangélica máxima?

Pero ¿no será bastante penitencia confesar uno sus pecados? y no bastarán por satisfaccion aquellas oraciones vocales, aquellas lijeras obras de virtud que se imponen en penitencia? Á esta pregunta respondo yo con otra. ¿Y será posible que la doctrina de Jesucristo en orden á la necesidad de la penitencia se ha de entender por esto solo, y no ha de tener otro sentido?

Los santos que no practicaron otra teología moral que la que les enseñó Jesucristo, ¿diéron á estas palabras una interpretacion tan benigna? Y nosotros mismos, por poca tintura que tengamos de nuestra religion, ¿nos persuadiremos fácilmente á que todo el castigo que la divina justicia exige por nuestras graves culpas, se reduce á una satisfaccion tan corta, tan lijera y tan superficial? Despues de los mas enormes pecados ¿será esta toda la penitencia de un cristiano?

¿Qué! ¿aquellos disolutos, aquellos insignes pecadores, aquellas mujeres mundanas cuya confesion apenas interrumpe por algunas horas una ó dos veces al año el juego, el fausto, la profanidad, los convites, los saraos, y acaso acaso otros pecados mas feos; esas personas que se disponen para la confesion de la Pascua con las mas refinadas diversiones del carnaval, y que aun quizá se dispensarán del ayuno y de la abstinencia de carne en la cuaresma, todas estas hacen verdadera y suficiente penitencia?

Qué! ¿aquellas otras personas tan inmortificadas, que, bajo un exterior de piedad, en el propio estado de penitencia, buscan acaso todas sus comodidades; que á los ojos de Dios puede ser no tengan del verdadero penitente mas que la indispensable obligacion de serlo; esas personas que no reconocen otra regla que la del amor propio, habrán hecho penitencia? y si no llevan una vida mas penitente, ¿en qué principios, contra la palabra expresa del mismo Jesucristo, fundarán la esperanza de su salvacion?

¿Pero no me hallaré yo por ventura en el caso? Estoy seguro de que he pecado; ¿mas estoy igualmente seguro de que he hecho penitencia? ¿Siguióse á esa verdadera contricion la fuga de las ocasiones, la reformation de las costumbres, la modestia en el vestido, y en fin dignos frutos de penitencia?

¿Mi Dios, cuánto tengo que reprenderme! y ¿cómo sufriré algun dia los cargos que vos me haréis si desde hoy no comienzo á hacer penitencia? Veo la precision, conozco la necesidad indispensable; todo lo arriesgo, si la difiero; mas aunque supiera que habia de morir dentro de veinte y cuatro horas, quiero tener el consuelo de haber comenzado.

JACULATORIAS.

Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. Isai. 38.

Señor, de hoy en adelante repasaré delante de tí mi mala vida en la amargura de mi corazon.

Quis dabit oculis meis fontem lacrymarum, et plorabo die ac nocte? Jerem. 9.

¿Quién dará, Señor, á mis ojos una fuente de lágrimas para llorar dia y noche mis maldades?

PROPOSITOS.

1. Pocos hay que no digan, y menos hay aun que no tengan razones para creer que son grandes pecadores; pero ¿dónde está la penitencia? Esta confesion estéril solo sirve para aumentar mas el cargo. ¿De qué sirve confesarse pecador, si no se hace uno penitente? No hay que disculparse con la poca edad, con la delicadeza de la complexion, ni mucho menos con los empleos, con el estado, con la calidad. ¿Pecaste? pues sin penitencia no hay para tí salvacion. Fuera de la penitencia interior, que se pasa en la amargura del corazon, es necesaria otra penitencia exterior que mortifique el cuerpo y que le humille. Comienza por las penitencias que son de precepto: abstinencias de obligacion, ayunos de la Iglesia, son leyes de que no te puedes dispensar con vanos pretextos. ¿Qué desorden no se ve el dia de hoy en este particular! Parece que estos preceptos solamente se hicieron para los claustros, ó para la gente pobre. ¿Es una persona noble? ¿es rica? pues nunca tiene bastante salud para comer de vigilia, ó para ayunar; es preciso que se la dispense. Pero ¿aprobara Dios todas estas dispensaciones? Examina lo que has faltado en este punto; guárdate bien de permitir que los que están á tu cargo se dispensen sin grave y sin notorio motivo, porque te harás reo de su pecado.

2. No te contentes con las penitencias comunes de que ningun cristiano puede lícitamente dispensarse, no ocurriendo grave causa para ello; hay otras particulares que quizá no te serán menos necesarias respecto de tus necesidades espirituales. La vista sola, solo el nombre de instrumentos de penitencia aterra frecuentemente á muchas personas á quienes no aterran las mayores maldades. Bien se les pudiera preguntar á muchos, si el número y la enorme gravedad